

UNA MÁQUINA QUE FABRICABA SEXO

En aquella escuela unitaria de pueblo falangista, misas en patético gregoriano, de zapatero disfrazado de sorchante, toques a muerto y funerales de niños, olor a incienso y a cirio, a perfume de beatas solteronas, sonrientes y castas saltarinas. En aquella mi escuela de postguerra me enseñaron a dibujar reyes y políticos de tenebroso vestir y mirada inquisitoria. También aprendí a cantar con mi pluma aventuras patrias. En mi cartilla de escolaridad figuraba a menudo un diez en dibujo, siempre y cuando también en religión fuera mecedor de semejante reconocimiento. El pueblo se llama Tunte (una de las dos Tirajanas), de peculiar microclima, en las montañas de Gran Canaria.

En Tunte había un maestro deportado y muchos guardias civiles «peninsulares» que cumplían «condena» por delitos de la más dispar naturaleza, incluidos los de sangre, pero de lo que nunca se podía hablar. Y no sé si temía más a aquellos alcoholizados y violentos guardias que a ese cura de voz ronca, que la tomó conmigo. Mi culpa (pecados que ojalá hubiera cometido) quedaba absuelta con un «agradecido silencio» ante sus reiteradas muestras de afecto: empeñado en acariciar mis piernas como seña de «cristiano amor» (¡joder!), mientras me machacaba con aquello de que era afortunado al tener como familia de adopción a tíos maternos, temerosos de Dios y defensores públicos de los valores de la nueva España.

Quise hoy hacer uso de esas mis juveniles habilidades y el dibujo resultó ser algo así como una satánica máquina de la verdad para fabricar mentiras, en lugar de sexo (sin poder). ¡Cómo cambian los cuentos! Creo, sin embargo, que debo patentar mi máquina. (Así lo recomienda mi demonio privado). Antes de que algún político en campaña me robe la idea.

27/05/2016

RAYAS

Atrapado en mi secular agrafía, algo me es indiferente. Y es diferente que la mano se deje seducir por la tinta. Me gusta verla seducida. Emocionalmente entregada. Torpe mano sonriente. Proyecta sombras que no son duplicado de mi cuerpo. Ella lo sabe. Tampoco son sombras de mano ocasional, que atrapa pluma díscola. Díscola y provocadora, como mi mano. Color díscolo sobre lienzo blanco, aún virgen. Color soñado. Color de tinta huidiza, libre. Discursiva. Mi mano, otras veces cómplice de mis locuras, es ahora cómplice de objetos y cosas sobre los que mi mirada se proyecta. Desde cualquier oculta posición. Simulada posición.

El lienzo invierte el sentido de mi mirada. Y el lienzo tintado juega con mi mirada. Y las posiciones invertidas de mi lienzo. Simulando respetar mi mano, juega. Mi mano sabe que en mi mente siempre hay rayas, torbellinos de rayas, amasijos de rayas. Amasijos y torbellinos que me obligan a proyectar algo. A expulsar lo que no es grito. Porque siempre se proyectan dobles, el doble de esas rayas. Mi propio doble, soy esclavo de la representación, representada con grafos. Y a representarme, tintado. Rayas parturientas. Sin que mi responsabilidad desaparezca así, o se atenúe.

Representándome tintado, cual tormenta de agosto, los trazos me increpan. Desde esa mano, cómplice de lienzos, que son solo fantasmas ninfómanos. Pero no perversos fantasmas. Mano cómplice de tinta, precozmente derramada. Trazos de rayas

abortadas. Cual tormenta de agosto. Lluvia a raudales, que conduce mi ya débil voluntad de infractor. Para que sea aún más débil, si cabe. Debilidad resistente. De nómada, hace tiempo descatalogado. Yo soy raya, principio y fin de rayas. Mar de rayas. Memoria rayada. Cosa rayada. A pesar del lienzo y de la tinta. A pesar de la pluma que atrapa mi mano.

Atrapado en mi secular agrafía, tampoco mi mano grita. Atrapado en gritos soñados, la letra no es siquiera letra burguesa. Ni tecnologías de la memoria, solo recuerdos de comunicación caída. A radales, tal vez. La comunicación y acaso el recuerdo. La ruina de la memoria. Lengua extranjera en propio desierto, que ni siquiera los nómadas hablan. Rayas, pretendidamente de ternura.

Ser ágrafo, en tiempos de penuria, no es debilidad. Ni impotencia. Es una forma de lenguaje. De denuncia.



Rayas

22/05/2016

NUNCA FUI UN PECADOR DE TIPO CORRIENTE

(Sobre *Sade, mon prochain*)

1) Rampa abismo asimétrica. Para deslizarse sobre cuatro posibles dimensiones. Desde cero dimensión. O desde dimensión invertida. El filtro trampa, un temible antiinfierno agita las hojas de la primera trampa. Yo, sin embargo, al borde del abismo, resisto. Porque no quiero caer en abismo alguno que no haya diseñado.

2) Los sentimientos son terrenales o no son sentimientos. Mis sentimientos, como opción de vida. Y mi vida es *pathos*. En cualquier dirección, variantes de caídas, puedo atrapar otros *pathos* cómplices. Con voluntad de descender o no por alguna de las cuatro rampas. Ser pragmática, y si se opta por descender, es no lamentarse por los senderos (alternativos) rechazados. Deslices «pecaminosos». Como cualquier desliz catalogado. Porque mis sentimientos son terrenales, cargados de sacralidad proto-histórica, soy actualidad inestable. Pura duda. Deslíz no catalogado.

3) [Postdata (P. D.): Junto a actrices y actores de tallas menores como Paolo Bonacelli, Giorgio Cataldi, Aldo Valletti, Umberto Paolo Quintavalle, Caterina Boratto, Elsa De Giorgi, Hélène Surgère, Sonia Savange (y fuera del principal escenario, Ines Pellegrini, actriz no menor), Pasolini no me asignó papel alguno, habiendo superado el *casting* más traumático de mi vida. Y des-

pués de haber huido de la República de Saló. Honor que me hizo apartándome del riesgo anunciado, como apartó del reparto a sus amigos Ninetto Davoli y Laura Betti. ¡Y yo que me había propuesto leer el *Sade, mon prochain* de Klossowski!]



Nunca fui un pecador de tipo corriente

20/05/2016
BUONA SERATA

Cuando la vida es pretexto ya es imposible desear. Que la vida sea una pesada broma es un destino al que una no hace frente. Y eso es también pretexto. Y por eso es pesada broma. Solo el deseo no es pretexto. Si tú no eres pretexto.

Los poetas no arriesgan tanto. Ni son como otros escritores, ligeros de pluma o voz, definiendo todo. Sin definirse ellos. Fijando prenociones de nociones malditas, desde su oscuro origen. Definiendo aquello que, por su naturaleza, no tiene fin. Pero que sucede. O, al menos, los efectos del suceso así se interpretan: dicen que enamorarse es saber qué hay detrás de la máscara. Afirman. Pero no aclaran quién sea el titular de la máscara. Si la propia (vista por otro, en el espejo) o la de una misma, extrañada, proyectada en cualquier otra, de paso. Aunque «creer saber» debería ser suficiente.

Yo sé que ya nada se esconde. Porque la máscara es una ridícula metáfora de una misma. O, tal vez, porque nunca hubo máscaras. Aunque sí trágicas y cobardes «mascaradas». Y si no hay máscaras, ¿cómo saber qué es desnudez, el tembloroso sabor de la infracción? ¿Qué es ternura, el tacto incierto, la mano oculta que es tacto sin contacto? ¿Qué es silencio, qué sombras, qué ausencia de luz, qué ... yo misma?

Sin embargo vivimos, a pesar de los poetas (malditos) que no arriesgan. Vivimos el pretexto de la vida, a pesar de la irresponsabilidad de tantos escritores. Vivo sabiendo que solo el deseo no es pretexto. Porque sé que tengo quien siempre me escribe fotos, recién pintadas.

20/05/2016

EN EL CUERPO

DE UNA PROSTITUTA DE LUJO

(La escapatoria es imposible.
Abandonad toda esperanza)

Ruidos, posiciones, velocidad no atribuida. Caminando, velocidad y posición. Que el ruido atribuye. Paseante, paso del paso. De lo que anuncia. Recorrido, que acontece anuncio, de la llegada, acontecimiento. Anunciando permanencia, irresistible ocupación. Inmediatamente después de partir, desierto de paso. Unidad de paso, paso. Paseante. Esperando ser ruido, posición y velocidad. Sin atributos. Y rostros. Series de rostros, inexpressivos rostros. Recorrido del rostro sobre rostros.

Sentenciados rostros frente a pelotón anónimo. Los mismos rostros. Los mismos ruidos. Ruidos de salida. Y el ruido de la llegada. De subida, sin que existiera parada. En un punto del recorrido. Estación no recorrida. Nada, estación. Ruidos de veloz discurrir. Bajo el paso del paso. Y el peso del pasar. Que llega o se queda, espera. En la epidermis de la vida, las arterias de la ciudad. La carne en descomposición. Y la piedra arrogante. Inmóvil.

Ruidos y pasos por los senderos del silencio. De la veloz huida. Sin término seguro. Ni segura estación de partida. A medio camino. Entre el borde y el primer descenso. Cada día. Bajos fondos del miserable.

Reproducción de rostros. Los mismos rostros. Del miserable. Día tras día. Instantes inexpressivos. Precozmente rotos. Cansa-

dos. De ser instante de lo agónico. Testigos de la repetición. De lo que está. Y no piensa que llega o se queda. Que viaja. Sin atribución alguna. Sin identidad. O máscara quebrada. De vertederos urbanos. Bajo la superficie de la aceleración. Clandestino vagón pesadilla. Hacia un horno crematorio.

En el Metro nadie piensa. O piensa un pensamiento decadente. O piensa para sí. Tomando un libro, cualquier libro o periódico. O jugando a estar presente, a distancia. Móvil, como pretexto de la soledad. Teléfono móvil, como escapada. Unidad móvil. Compleja. Tomando espera como pretexto. Posición de huida como pretexto. Nadie piensa. O piensa tan adentro que el rostro es secuencia, inmóvil. Que nada secuencia. Que solo encadena lo mismo, que ni es diferencia de miedo. Ni repetición de soledad. Ni de angustia. Y hasta aquellas máscaras son amasijos. De máscaras rotas, arrojadas a un destino, que nada señala. Ni sueña. Porque es duda. Arrojadas al vertedero del alma. Bajo la piel del miserable.

Y hasta yo, soledad entre soledades, dudo. Si fue antes o nunca fue el reconocimiento que ahora hago. Por rutina. Por necesidad de rutina. Por necesidad de identificación. Decir yo, por rutina. De ruinas de mañana, que nunca fueron pasado. Decir rutina, actualidad inactual. Historias de ficción que sueñan futuro. Sin saber soñar lo que ya sucediera. Yo, pensador por oficio u obligación, no pienso un pensamiento honesto. Ni es sincera mi mirada. O no es sinceridad inmóvil la que retengo. Cargada de veloz quietud, de posiciones incómodas. Cargada de ruego. El ruido agónico de la pasión retenida. La carcajada del miserable.

Las máscaras pensantes. Objetos clasificados según el orden del recorrido. El rostro que solo piensa cuando yo lo pienso. Sin saber que está pensando rostros. Consumiendo clasificación. Soportando los ruidos del paso. Al subir saliendo, abandonando